

M<sup>a</sup> Jesús Lacarra



Equipo 

*Dirección:*

Guillermo Fatás y Manuel Silva

*Coordinación:*

M<sup>a</sup> Sancho Menjón

*Redacción:*

Álvaro Capalvo, M<sup>a</sup> Sancho Menjón, Ricardo Centellas  
José Francisco Ruiz

Publicación nº 80-87 de la  
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

Texto: M<sup>a</sup> Jesús Lacarra

I.S.B.N.: 84-95306-68-9

Depósito Legal: Z. 2869-00

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Edelvives Talleres Gráficos

Certificados ISO 9002



# ÍNDICE



“EL CAZADOR Y EL PAJARILLO”, OCHO SIGLOS DE ESTANCIA EN SUELO ARAGONÉS	5
ESCRITORES JUDÍOS EN LA TAIFA ZARAGOZANA	9
PEDRO ALFONSO	19
Moisés vencido por Pedro	23
La búsqueda de los alumnos	27
LA <i>DISCIPLINA CLERICALIS</i>	31
Los buenos amigos	37
Las malas mujeres	44
El depositario infiel	54
Consejos para el viajero	57
La fugacidad de la vida	63
LOS CAMINOS DEL CUENTO	65
<i>Ysopete ystoriado</i>	68
<i>Exemplario contra los engaños y peligros     del mundo</i>	72
<i>Viaje de la Tierra Santa</i> de Bernardo de Breidenbach	78
<i>La Historia de la Donzella Teodor, compuesta     por mosén Alfonso Aragonés</i>	80
Los cuentos entre mudéjares y moriscos	83
Bibliografía	93



## “EL CAZADOR Y EL PAJARILLO”, OCHO SIGLOS DE ESTANCIA EN SUELO ARAGONÉS



**E**n julio de 1984, el derribo de una casa en Urrea de Jalón (Zaragoza) ponía al descubierto un gran códice, escrito por un morisco aragonés, en castellano con aragonesismos, pero con letras árabes. Había sido ocultado, como tantos otros manuscritos similares, por el temor de sus dueños a que se supiera que seguían teniendo libros en arábigo, pese a las prohibiciones dictadas sobre ello en el siglo XVI. En el códice, junto a diversos “relatos píos y profanos” —como los tituló su reciente editor, Federico Corriente—, se cuenta la conocida historia de “El cazador y el pajarillo”. En ella un hombre, a punto de degollar a un ave, le ofrece la libertad a cambio de tres consejos («No te preocupes por lo pasado», «No creas lo imposible» y «No intentes lo inalcanzable»). Sin embargo, el cazador no los tendrá en cuenta y se lamentará cuando, una vez a salvo, el animal le advierta: «Si me hubieses degollado habrías encontrado en mi interior un jacinto del tamaño de un huevo de gallina». Arrepentido de su ambición, acabará sus días en una cueva sirviendo a Alá en compañía de la avecilla, que se encargará ahora de su sustento.

Pese a las transformaciones, el relato puede identificarse perfectamente con un cuento oriental cuyas versiones escritas más antiguas se encuentran en la *Disciplina clericalis*, obra del converso aragonés Pedro Alfonso (siglo XII), y en el *Barlaam y Josafat*, colección de remoto origen hindú, pero ampliamente difundida en la Península por sus traducciones al árabe y al hebreo, anteriores a la castellana. Resulta emocionante escuchar casi ocho siglos después la misma historia, todavía viva a pesar de haber estado sepultada entre los viejos adobes de una casa.

Sin embargo, pese al valor emblemático que podemos conceder a este hallazgo, no debemos engañarnos ni extraer conclusiones apresuradas. El cuento, por su brevedad, tradicionalidad y didactismo, fue un género con una gran difusión en el pasado. Se consideraba un patrimonio común al que cualquiera podía recurrir, sin pensar que con ello se atentaba contra ningún derecho. El contacto entre musulmanes, cristianos y judíos hizo que en la Península circularan muy pronto materiales narrativos de origen o transmisión oriental y el territorio aragonés no fue una excepción. Pero muchos de estos cuentos se abrierán camino hacia el resto de Occidente, una vez traducidos, y emprenderán una nueva vida, con sucesivas recreaciones. Cuando, siglos después, Baltasar Gracián (1601-1658), Braulio Foz (1791-1861) o cualquier anónimo informante repitan un viejo cuento oriental, será arriesgado suponer que siguen bebiendo en las mismas fuentes, inalteradas

desde la época medieval. Más bien al contrario. Muchos de estos cuentos han realizado viajes de ida y vuelta con rutas, a veces, imposibles de precisar.

Con el fin de trazar un panorama de la presencia del cuento oriental en Aragón, el recorrido se iniciará, en las páginas que siguen, en los tiempos de la taifa zaragozana. El ambiente cultural que se vivía en su capital, Saraqusta, en el siglo XI convirtió a la ciudad en un refugio ideal para los intelectuales hispanohebreos, entre los que cabe



*«El cazador y el pajarillo», ilustración del Libro del caballero Zifar, texto de la primera mitad del siglo XIV en manuscrito miniado de finales del XV (Códice de París, fol. 98 v.)*

contar a Ibn Gabirol y a Ibn Paquda. En algunos de sus libros de contenido ético se encuentran algunos relatos y, sobre todo, el mismo tono que recogerá unos años después Moisés Sefardí —llamado luego Pedro Alfonso— en su famosa *Disciplina clericalis*. Este converso oscense incluyó en su obra más de una treintena de narraciones árabes y hebreas, combinadas con diversas sentencias. La importancia de este autor merece que se le dedique una atención especial. La *Disciplina clericalis*, al estar escrita en latín, alcanzó una enorme difusión y abrió el camino del cuento oriental hacia Occidente. En una segunda parte, se trata de analizar la pervivencia del género en Aragón durante la Edad Moderna. Para ello, conviene detenerse en dos momentos especiales: el establecimiento de la imprenta en Zaragoza y la convivencia con moriscos y mudéjares. En primer lugar, la intensa actividad de los hermanos Hurus, germanos afincados en Zaragoza, les llevará a imprimir gran cantidad de libros, en muchos casos traducciones de títulos que habían sido grandes éxitos en su país. Con sorpresa descubrimos entre sus “novedades editoriales” versiones de viejos cuentos orientales, algunos, incluso, del mismo Pedro Alfonso. En segundo lugar, no conviene olvidar que, hasta la definitiva expulsión de los moriscos en 1614, permanecía en Aragón una minoría de origen árabe que seguía recordando sus relatos y leyendas populares. Los manuscritos que han llegado hasta nosotros así lo atestiguan.

ESCRITORES JUDÍOS  
EN LA  
TAIFA ZARAGOZANA





**Z**aragoza, Saraqusta, conquistada en la primavera del año 714, era la capital de la Marca Superior islámica, esto es, la zona fronteriza del Norte, que comprendía una gran parte de la cuenca del Ebro, desde Tudela hasta Lérida. Cabe suponer que en todo este territorio, hasta su ocupación cristiana por Alfonso I en los primeros años del siglo XII, se cultivarían los mismos géneros literarios que en el resto de Alandalús, entre otros el cuento. Sin embargo, para tener constancia escrita de ello hay que llegar al siglo XI. En ese momento se produjeron cambios políticos profundos en el califato de Córdoba, hasta su total desaparición en 1031.

La persecución por Almanzor (940–1002) de los intelectuales cordobeses hizo que muchos de ellos huyeran hacia el Norte, donde se encontraron con un ambiente mucho más tranquilo y propicio para el estudio. Como ha destacado Joaquín Lomba, en ese momento Zaragoza inicia un despliegue creciente y se convierte en uno de los focos culturales más activos de Alandalús, donde convivirán sabios musulmanes y judíos. También para estos últimos se había hecho la vida imposible en Córdoba, por lo que habían buscado refugio en Málaga o en Zaragoza. Aquí hallaron una atmósfera de libertad religiosa que les permitió asimilar la literatura árabe y adaptarla a su lengua,

produciendo sus propias creaciones. Ésta será, por ejemplo, la trayectoria seguida por la familia de uno de los más notables poetas e intelectuales de la época, Ibn Gabirol (h. 1022–h. 1057). Alguna de sus obras, como la *Selección de perlas*, nos aproxima al modelo de literatura de sentencias, con alguna breve anécdota, que ayuda a entender mejor el trasfondo del que surgirá la *Disciplina clericalis*.

Ibn Gabirol había nacido en Málaga, donde su familia se había establecido tras abandonar Córdoba en busca de un lugar más seguro. Cuando el futuro poeta contaba muy pocos años, volvieron a desplazarse, esta vez hacia Zaragoza, ciudad en la que Gabirol se formó y donde vivió hasta el año 1045. Es muy posible que por esas fechas escribiera en árabe sus dos libros de ética, *La corrección de los caracteres* y la citada *Selección de perlas*. Aunque su fama hasta nuestros días esté más vinculada a su creación poética, estas obras gozaron de gran difusión en su época, como atestigua la existencia de numerosos manuscritos y ediciones. La *Selección de perlas* es una colección de sentencias distribuidas en sesenta y cuatro secciones, de acuerdo con una agrupación temática. La enumeración y el contenido de los capítulos (la sabiduría, la unidad, la mansedumbre, etc.) recuerdan su fuente principal: los libros sapienciales del Antiguo Testamento.

En su obra puede percibirse cierta variedad de formas sapienciales, desde las más simples hasta las que anuncian

ya un núcleo narrativo. La forma más escueta es la máxima: «La sabiduría inoperante es como un tesoro improductivo» (pág. 50).

Mayor desarrollo supone la presencia de dos personajes (un sabio y su discípulo, un padre y su hijo), uno de los cuales alecciona al otro: «Así amonestó el sabio a su hijo: —Hijo mío, no seas sabio de palabra, sino de obra, porque la sabiduría práctica te beneficiará en el mundo venidero, y la de palabra aquí se queda» (pág. 45).

El siguiente nivel de complejidad implica un cierto intercambio de preguntas y respuestas: «Interrogáronle a un sabio: —¿Quiénes son los mayores, los sabios o los ricos? Y contestó: —Los sabios. Insistiéronle: —Siendo así, ¿por qué razón los sabios frecuentan más las casas de los ricos, que los ricos las casas de los sabios? Respondió: —Porque los sabios conocen el valor de la riqueza, no así los ricos el de la sabiduría» (pág. 48).

Por último, nos acercamos ya al cuentecillo cuando el diálogo aparece más desarrollado y se pormenorizan las circunstancias en las que se produce el encuentro: «Un monarca condenó a muerte a un sabio falsamente acusado. Cuando se dirigía al patíbulo, vio a su mujer que estaba llorando, y le dijo: —¿Por qué lloras? Ella contestó: —¿Cómo no he de llorar, cuando te llevan a la muerte, siendo inocente? Y él le replicó: —¿Querrías tú que me ajusticiaran siendo culpable?» (pág. 108).



*Interrogatorio a un judío, detalle de un retablo de Miguel Ximénez procedente de Blesa y conservado en el Museo Provincial de Zaragoza (Foto: L. Mínguez)*

Engreído, despectivo y amargo, la enigmática imagen de Ibn Gabirol y su fama como poeta dieron origen a las diversas leyendas que la imaginación popular le atribuyó. En una de ellas, se cuenta que murió a manos de un musulmán que lo enterró entre las raíces de una higuera. Inmediatamente maduraron sus frutos de un modo tan asombroso que despertó la curiosidad de su dueño. Después de muchas averiguaciones, se descubrió el crimen y el asesino fue ahorcado en el mismo árbol. Otra leyenda cuenta que Ibn Gabirol se fabricó un muñeco de madera con forma de mujer, al que con sus conocimientos mágicos dotó de vida y convirtió en su sirviente; desvelado su secreto, devolvió a la criatura a su primitivo estado.

Durante la Edad Media, los hombres más célebres por su ingenio, famosos poetas o filósofos, fueron considerados grandes magos, desde Aristóteles a Virgilio; pero estas leyendas, a su vez, pueden relacionarse con cuentos todavía vivos en la tradición actual. Dentro del folclore es muy frecuente el motivo del crimen descubierto mediante diversas maneras. Puede ser un hueso cantante, un pelo hablante o, como aquí, un árbol que brota de la tumba, lo que permite descubrir al culpable.

También inclinado hacia la vertiente práctica de la filosofía estaba el zaragozano Ibn Paquda (h. 1040–h. 1110). Su obra más conocida, *Los deberes de los corazones*, fue compuesta en árabe entre 1080-1090. En ella refiere los ascen-

sos del alma hasta conseguir la unión con la divinidad, pero sin olvidar el espíritu didáctico, característico, según Joaquín Lomba, de la filosofía zaragozana de la época. Por eso no dudará en recurrir a un cuento cuando le sea necesario para dejar bien aclarado un concepto. Algunos, como éste de “El rey por un año”, tienen una larga tradición:

«En cierta isla de la India, había una ciudad cuyos habitantes nombraban cada año a un extranjero como jefe; y, cuando se terminaba este plazo, lo echaban, devolviéndolo a la situación anterior a su mandato. Uno de los elegidos era un hombre que desconocía el designio de aquella gente sobre su persona y su destino final, y se dedicó a acumular riquezas, a construir palacios y a no sacar nada de la ciudad. Más aún, se empeñó en traer hasta ella todos los bienes que tenía fuera e incluso a su propia familia. Cuando terminó el año de su mandato, las gentes del lugar le hicieron marchar, desprovisto de cuanto había construido y conseguido, tanto antes de su reinado como durante él. Con lo cual, a su salida, no tuvo nada de lo que había poseído en la ciudad y fuera de ella. En consecuencia, se arrepintió de lo hecho, entristecido por su suerte, por todo su esfuerzo dirigido a construir edificaciones y por las riquezas reunidas y que ahora habían ido a parar a otros.

Luego recayó la elección sobre un hombre extranjero muy perspicaz e inteligente. Nada más ponerse a gobernar colmó de favores y amabilidades a uno de sus súbditos. Luego le preguntó sobre el secreto acerca de los gobernantes elegidos y sobre lo que acostumbraban hacer con los

que antes que él les habían gobernado. El hombre descubrió el asunto de su pueblo y las intenciones que tenían con él. Cuando el rey supo todo aquello, no se ocupó de nada de lo que se había encargado el primero, sino que se afanó y esforzó en exportar lo más precioso de aquella ciudad a otras, poniendo fuera de ella todos sus tesoros. No se permitió el acostumbrarse a la veneración y respeto de aquellas gentes. Mientras estuvo allí, siempre se hallaba entre la tristeza y la alegría. Por un lado, se apenaba pensando en lo pronto que llegaría su marcha y estimando en poco las ganancias que había sacado de allí, pues veía que si se hubiera prolongado su estancia, las habría podido incrementar. Y, por otra parte, se alegraba, porque consideraba que llegaría pronto su salida para poder establecerse en el lugar donde había depositado los tesoros, a fin de emplearlos, utilizarlos y disfrutarlos con prosperidad, con tranquilidad de espíritu y para siempre. Así que, cuando terminó su plazo de un año, no se entristeció por su partida sino que se apresuró a cumplirla, con grandeza de alma y serenidad, alegrándose del esfuerzo puesto en llevar así las cosas y alabándose a sí mismo por su conducta. De este modo, logró un amplio bienestar, la más perfecta respetabilidad y la más completa honorabilidad, en medio de una continuada dicha, pues había disfrutado en los dos estados y había colmado sus esperanzas en las dos formas de vida, en la del gobierno y en la de después de acabar su mandato» (págs. 123–124).

En el origen de esta vieja historia oriental subyacen vestigios de costumbres primitivas. Algunos pueblos mataban

a su rey antes de que sus fuerzas se debilitaran por la vejez o la enfermedad; de esa forma creían capturar su alma para transmitirla a un sucesor adecuado y evitar la decadencia del mundo. De acuerdo con esta idea, fijaban un plazo más allá del cual no podía reinar, tan corto que pudiera excluirse la posibilidad de su degeneración física en el intervalo. Lo que pudo ser práctica ancestral estudiada por los antropólogos, pasó a convertirse en anécdota ejemplar que, a través de una colección muy popular, el *Barlaam y Josafat*, dio la vuelta al mundo y se escuchó repetidas veces en las iglesias.

Haciendo una analogía entre la caducidad del poder y la brevedad de la vida, se ponía así de manifiesto la necesidad de estar siempre preparado para la muerte, sin aferrarse a los bienes temporales. En su tratado ético, Ibn Paquda aprovecha la historia para establecer un paralelismo entre los dos reyes, el ignorante y el inteligente, y el alma. Ésta debe seguir las pautas del segundo personaje y, conociendo el secreto de su existencia, disponerse para el traslado a la otra vida. Moisés Sefardí, de cuya obra nos ocuparemos seguidamente, se educaría en un ambiente similar al de Ibn Gabirol e Ibn Paquda, aunque su conversión le llevó a borrar las huellas de su pasado y a elegir el latín como lengua de escritura.

PEDRO  
ALFONSO





**L**os pocos datos seguros que sabemos sobre la vida de Pedro Alfonso proceden del breve prólogo a una de sus obras, el *Diálogo contra los judíos*. Allí cuenta la historia de su bautismo, apadrinado por Alfonso I *el Batallador*, y del origen de su nuevo nombre. Antes de su conversión se llamaba Moisés Sefardí, es decir, Moisés, el español. Jerónimo Zurita, el gran cronista aragonés, lo recordaba así en sus *Anales* (1512–1580):

«En el año 1106, en la fiesta de los Apóstoles San Pedro y San Pablo del mes de junio, estando el rey Alfonso I en la ciudad de Huesca [...] se convirtió a nuestra Santa Fe Católica, y recibió el agua del santo bautismo en la iglesia mayor de ella un judío, que era en su ley el más enseñado que hubo en aquellos tiempos. Bautizólo don Esteban, obispo de aquella ciudad, y fue su padre espiritual el rey Alfonso I. Y en memoria de esta solemnidad se llamó Pedro Alfonso».

No sabemos ni cuándo ni dónde nació; ignoramos si era un refugiado del sur de Alandalús, como los ya mencionados, o nativo de una ciudad del Norte, como Zaragoza o Huesca. La única fecha segura que se conoce es la de su bautismo en el año 1106, el día 29 de junio. Es muy probable que Moisés Sefardí hubiera alcanzado el cargo de rabino de la ciudad de Huesca, por los conocimientos religiosos que muestra en su *Diálogo*, y que después sirviera en la Corte del rey Alfonso I. Desde luego, en el momento de

la ceremonia era ya un adulto con prestigio suficiente como para que el obispo de la ciudad y el mismo rey participaran en ella.

Se dice también que fue médico de Alfonso *el Batallador* y de Enrique I de Inglaterra, pero no son datos seguros. Para encontrar una referencia a “Pedro Alfonso, médico de cámara del rey Alfonso de Aragón” hay que esperar hasta el siglo XV. Sí es cierto, sin embargo, que poco después de su bautismo viajó a Inglaterra para enseñar astronomía y otras materias científicas. Conviene recordar el



*Representación de Pedro Alfonso, según el Liber Chronicarum cum figuris de Hartmann Schedel. Incunable publicado en Nüremberg por Anton Keberger en 1493. Ejemplar del Archivo de la Catedral de Huesca*

gran prestigio que la ciencia árabe tenía en Occidente y la dificultad para encontrar maestros adecuados. Se conserva el curioso testimonio de un discípulo suyo, el prior del monasterio de Malvern, quien nos habla con admiración de Pedro Alfonso, pues gracias a él pudo aprender a medir un eclipse. Como hipótesis, cabe relacionar su marcha de la Península con un supuesto exilio voluntario para acallar las reacciones suscitadas por su conversión en la comunidad judía. Es posible que al regresar de Inglaterra se estableciera en Francia, como puede deducirse de la *Carta* que dirigió a los estudiosos franceses. También aparece un nombre como el suyo en diversos documentos de compraventa en Huesca (1099), Zaragoza (1121) y Tudela (1142), lo que podría indicar su trayectoria, aunque nada asegura que se trate de nuestro personaje.

La misma nebulosa que envuelve su biografía se extiende sobre su producción. Sin entrar en complejas especulaciones, parece seguro que escribió una obra de debate religioso —el *Diálogo contra los judíos*—, un tratado didáctico —la *Disciplina clericalis*—, unas *Tablas astronómicas* y la citada *Carta* a los estudiosos franceses.

### **MOISÉS VENCIDO POR PEDRO**

Es muy posible que hacia 1110, cuatro años después de su famoso bautismo, compusiera el *Diálogo contra los judíos* para acallar el clamor levantado por su conversión.

Para justificar cuáles fueron las razones que le llevaron hasta el cristianismo, elige un procedimiento muy didáctico. Hace hablar a dos personajes, Moisés y Pedro, y cada uno de ellos defiende su religión: el judaísmo y el cristianismo. No es necesario indicar quién vence en el debate:

«Compuse todo el libro en forma de diálogo, para que el ánimo del lector tuviera mayor facilidad para entender. Al defender las razones de los cristianos, utilicé el nombre que ahora, como cristiano, llevo [Pedro]; al presentar las razones del adversario, me presento con el nombre que llevaba antes del bautismo, esto es, Moisés» (pág. 199).

El interés de la obra es múltiple. De ella extraemos lo poquito que se sabe sobre su autor. Del prólogo procede el ya citado pasaje de su bautismo en Huesca. De su lectura se desprende también que este hecho provocó una auténtica conmoción en el seno de la comunidad judía. Sus antiguos correligionarios le acusaron de haberse convertido para obtener “honra en este mundo”, posiblemente porque había llegado a alcanzar un puesto relevante en la comunidad judía. No hay ningún documento que pruebe esta afirmación, pero se deduce de las palabras que en la propia obra pronuncia Moisés:

«Sé que, en otro tiempo, eras docto en los escritos de los profetas y en las palabras de nuestros doctores; cómo, desde la infancia, fuiste también más observante de la ley que ninguno de tus coetáneos [...]; sé que en las sinagogas predicabas a los judíos que no debían apartarse nunca de su

fe, que instruías a tus compañeros y que hacías ser más instruidos a los doctos» (págs. 8–9).

De este fragmento se desprende que Pedro Alfonso, cuando era Moisés Sefardí, había llegado a predicar en alguna sinagoga. Por eso tiene un buen conocimiento de los textos religiosos, tanto de la *Biblia* como del *Talmud* (un amplio conjunto de obras, esencial en el judaísmo), y puede opinar de manera innovadora. Pero también se hallan en esta obra las claves de su conocimiento de la cultura árabe. Al comenzar el título quinto, el mismo personaje asegura que «siempre te educaste y conversaste con los sarracenos, lees sus libros y entiendes su lengua» (pág. 91). Moisés se extraña de que Pedro, tan buen conocedor de lo musulmán, no haya optado por seguir su religión, lo que da paso a una exposición sobre la doctrina del Islam, de tono menos calmado que el resto del libro (califica a Mahoma de impostor, violento y lujurioso, y a su doctrina de inconsecuente). Este pasaje alcanzó enorme popularidad, pese a sus numerosos errores. Los cristianos, especialmente quienes partían a las cruzadas, lo leían buscando en él información sobre la religión de sus enemigos.

La difusión del *Diálogo* durante los siglos siguientes fue amplísima. Se convirtió en el texto polémico más leído y citado; nos han llegado casi ochenta manuscritos, algunos de ellos custodiados en las abadías más importantes del norte de Europa, donde se localizaba la vanguardia intelec-

tual de la Edad Media. Se recurría a sus argumentos cada vez que se disputaba contra los judíos y su nombre se convirtió en una autoridad.

En España, donde se conservan cinco manuscritos en latín y un fragmento de una traducción catalana, fue no sólo leído sino utilizado en las polémicas reales, en las que se enfrentaban cristianos y musulmanes o judíos. Una de las primeras tuvo lugar en Barcelona en 1263; en ella el bando cristiano contó con la presencia de un converso, Pau Christiá, quien hizo uso de la obra de Pedro Alfonso para apoyar sus afirmaciones, y enfrente estaba R. Mosé b. Nahman, el rabino más famoso de todos los tiempos. Sin embargo, la polémica, que duró cuatro días, fue un rotundo fracaso para los cristianos y así lo reconoció el rey Jaime I, juez y árbitro de la disputa, quien despidió al rabino con un regalo de trescientos sueldos y las siguientes palabras: «Nunca he visto defender tan bien una causa tan errónea».

El resultado fue distinto en la célebre disputa de Tortosa (1413–1414), organizada por el papa aragonés Benedicto XIII y el rey Fernando I de Aragón. Se enfrentaron los rabinos más notables de Zaragoza, Daroca, Alcañiz y Girona con un judío converso, Jerónimo de Santa Fe; según los inventarios, en la biblioteca de Benedicto XIII, el célebre Papa Luna, constaba un ejemplar del *Diálogo* que se había hecho traer del palacio de Aviñón.

## LA BÚSQUEDA DE LOS ALUMNOS

A comienzos del siglo XII, se estaban produciendo importantes cambios en la Europa visitada por Pedro Alfonso. Se asistía en algunos círculos a una época dorada, a la que los historiadores han dado en llamar “renacimiento del XII”. Había un renovado interés por el estudio y una singular atracción hacia los conocimientos procedentes del mundo árabe. Los saberes matemáticos, geométricos, astronómicos, etc. de los árabes se consideraban infinitamente más precisos que los de los cristianos, pero para que se trasvasaran y difundieran por Europa eran necesarias traducciones y maestros que enlazaran estos dos mundos culturales tan distintos. Pedro Alfonso, con su magisterio y sus escritos en latín, era un eslabón perfecto, pero tuvo posiblemente también que vencer cierta hostilidad ante la presencia de un extranjero que aparecía dispuesto a remover los cimientos de la ciencia más tradicional. Esto es lo que se desprende de la lectura de la *Carta* que dirigió a los estudiosos franceses.

Ignoramos cuáles fueron exactamente las circunstancias que la originaron. Es muy posible que hacia 1120 Pedro Alfonso, de regreso de Inglaterra, se detuviera en Francia con la intención de enseñar astronomía. Comienza el texto tratando de convencer a sus futuros discípulos de que la astronomía es la materia más importante dentro del estudio de las artes liberales; luego rebate a quienes se niegan

a aprenderla y se ofrece como maestro; por último, trata de probar que los astros realmente influyen en los asuntos terrenos. Bajo el término «astronomía» engloba tanto la observación de los movimientos de los astros —la actual astronomía— como la influencia que estos movimientos ejercen sobre el mundo terreno, esto es, la astrología. Su formación le hace creer en la realidad de esta última, pero su conversión le impide afirmarlo con franqueza.

### **Pedro Alfonso y la renovación de las artes liberales**

Durante la Edad Media se seguían clasificando las ciencias, como en la Antigüedad, en dos grandes grupos. En el primero, de índole humanística (conocido como *trivium*), se incluían la Gramática, la Retórica y la Dialéctica, mientras que el segundo (el *quadrivium*) englobaba materias más científicas, como la Aritmética, la Geometría, la Música y la Astronomía.

Pedro Alfonso, tanto en un pasaje de la *Disciplina clericalis* como en la *Carta* a los estudiosos franceses, manifiesta un notable desinterés por las tres primeras: ignora la Retórica, minusvalora la Gramática y sólo salva a la Dialéctica. Por el contrario, le parecen mucho más útiles las materias científicas, entre las que desearía ver incluida la Medicina, profesión que probablemente llegó él mismo a ejercer. Frente al punto de vista más tradicional, Pedro Alfonso sería un adelantado. Su nueva condición de cristiano le permite dirigirse a los escolares latinos desde la perspectiva de quien conoce unas ciencias nuevas, que contribuirán a la renovación de la anquilosada clasificación de las artes liberales.

La epístola transmite una mezcla de orgullo y cierta frustración. Se siente superior y se lamenta de que algunos escolares viajen a tierras extrañas para aprender astronomía, cuando tienen tan cerca a un maestro como él:

«Llegó a mis oídos que algunos de aquellos que estudian las ciencias se preparan para ir a regiones remotas para obtener mejor conocimiento de la astronomía, a los cuales yo respondo sin tardanza: si es eso cierto, pronto y cerca tendrán los conocimientos que desean, si no dudan de que yo sé algo de esa materia».

Pese al ofrecimiento anterior, sólo está dispuesto a transmitir su ciencia a quien pueda entenderla:

«Ya hubiera podido haber comenzado hace tiempo si hubiera querido dedicarme a ignorantes. Pero deseamos que desde el principio estuvieran ante nosotros discípulos prudentes que pudieran transmitir, después de nosotros, la enseñanza de la astronomía».

Conviene recordar que, junto al atractivo que ofrecía la ciencia árabe en ciertos ambientes, también había cierto recelo hacia ella. A esto se asocia el orgullo de quienes no quieren admitir su ignorancia y dejar de ser maestros para ocupar el puesto de los alumnos. Pedro no quiere dirigirse a este tipo de público; busca unos discípulos inteligentes que en un futuro, quizá cuando él esté de regreso en Aragón, formen escuela. Critica a los inexpertos e ilustra la terquedad de sus oponentes mediante dos fábulas: son como la cabra que se metió en un viñedo, se atiborró de hojas de

parra (sin hacer caso de las uvas maduras) y después proclamó que no existía fruta mejor que aquella. Así se comportan algunos de estos escolares que prefieren antes las fuentes latinas que al maestro Pedro Alfonso. También se parecen al vendedor de cebollas que, al llegar un mercader de perlas al mercado, pensaba que éstas eran cebollas y se asombró de que pidiera un precio tan alto por unos ejemplares tan pequeños. Así de ignorantes son también algunos de estos «sabios» que se niegan a reconocer su error.

Frente al inmovilismo de estos sectores, la actitud de Pedro Alfonso ante la ciencia es novedosa. Tiene una mentalidad científica y renovadora que le lleva a verificar siempre sus teorías con la observación y la experiencia. En sus palabras se atisba un nuevo modelo de sabio, atento a aprender y a revisar sus planteamientos. Frente a la autoridad de las viejas fuentes latinas, propone la lectura de textos árabes, pero no se conforma tampoco con esto. Es necesario siempre comprobar lo aprendido, lo que no hacen algunos de los ignorantes aludidos quienes, tras la lectura de los libros, «parecen satisfechos y creen que han aprendido bastante, pero, cuando se les exige demostrar con argumentos lo que creen saber, fallan y no hacen sino referirse a los autores que han leído». En conclusión, en el enfrentamiento entre tradicionalistas y renovadores, la voz de Pedro Alfonso se alineaba claramente junto a estos últimos y se adelantaba, en algunos casos, a lo que serán posturas defendidas en los años venideros.

LA  
*DISCIPLINA*  
*CLERICALIS*





Aunque inserta algún relato en el *Diálogo* y dos fábulas en la *Carta*, la obra más importante de Pedro Alfonso para la difusión del cuento oriental en Occidente es la *Disciplina clericalis* y a ella se dedicará el presente capítulo. No se sabe cuándo la escribió y qué circunstancias rodearon su composición. Sólo contamos, de nuevo, con el prólogo del propio libro para conocer su intención y su método de trabajo. El comienzo se asemeja a una oración, con una alabanza a Dios y la petición de ayuda e inspiración. Este principio, de tono religioso, no se corresponde con el contenido posterior, de una moral más bien profana. Quizá la explicación esté en la siguiente frase: «Dios, que me inspiró la idea de componer este libro traduciéndolo al latín...» (pág. 43). Cabe suponer, sin descartar otras hipótesis, que redactara primero el texto en árabe, como hacían tantos otros autores hispanohebreos, y que tras su conversión, solo, o con algún colaborador, lo vertiera al latín. Esto llevaría a pensar que la génesis de esta obra fuera anterior a las otras dos ya comentadas.

Los argumentos que ofrece para justificar su composición son los habituales en la literatura didáctica de la época, pero muy especialmente en la oriental. Se ha esforzado por hacer un librito ameno, porque «la naturaleza humana es frágil y necesita ser instruida poco a poco para

no caer en el aburrimiento». Para ello se propone reunir cuentos y proverbios árabes, pero engarzándolos de tal manera que resulte una enseñanza útil para los más jóvenes. De ahí el nombre escogido por Pedro Alfonso para su obra: *Disciplina clericalis*. La palabra *disciplina* se utiliza en los libros sapienciales con el sentido de «advertencia, corrección, instrucción» y por *clérigos* hay que entender más los intelectuales o, mejor dicho aquí, los aspirantes a serlo, que los hombres de Iglesia propiamente. “Instrucción de estudiantes” podría ser una traducción del título que nos acercara a la intención de su autor.

¿En qué modelos podía fijarse para organizar su discurso? En la España medieval circulaban varias colecciones de cuentos, como el *Calila y Dimna*, el *Sendebbar* o el *Barlaam y Josafat*. Su origen se remonta hasta la India, cuando los monjes budistas se servían de anécdotas para transmitir reglas de conducta. Los árabes las hicieron suyas, vertiéndolas a su lengua y adaptándolas a sus costumbres, y así llegaron hasta Alandalús. A mediados del siglo XIII se fueron traduciendo al castellano por iniciativa de Alfonso X (1221-1284), pero ya para entonces eran bien conocidas en la Península por sus versiones árabes y hebreas. En estas colecciones, los cuentos se integran dentro de una trama principal, por un curioso procedimiento que los críticos han denominado “marco narrativo”. Recordando la historia del *Sendebbar*, se puede captar el mecanismo. El libro se inicia con la historia de un rey preocupado por la carencia

de un heredero. Finalmente consigue el hijo anhelado, pero la alegría se empaña al conocer, por su horóscopo, que al niño le espera una gran desgracia cuando cumpla los veinte años. Para conjurarla, los sabios de la Corte aconsejarán a este último, cuando llega a esa edad, que guarde total silencio durante una semana. Sin embargo, en ese periodo su madrastra le propondrá matar a su padre para ocupar ambos el trono y el joven no podrá evitar romper su mutismo. La mala mujer aprovechará las circunstancias para acusarle ante el rey, y éste no tendrá más remedio



*«De los judíos que aún habitan en Jerusalén», del Viaje de la Tierra Santa de Bernardo de Breidenbach, Zaragoza, Pablo Hurus, 1498 (fol. CXX v.)*

que condenar a muerte a su propio hijo. A partir de ese momento se desencadena la sucesión de cuentos insertados. La mujer trata, por medio de cuentos, de confirmar su acusación, pero los consejeros del rey contrarrestan sus palabras con otros. De ese modo transcurren los días hasta que el joven, conjurado el peligro, puede dar su versión de los hechos. El procedimiento para integrar unas historias dentro de otras es bien conocido por las *Mil y una noches*.

Sin embargo, Pedro Alfonso no quiso seguir este camino. Posiblemente porque pretendía orientar su obra hacia unas enseñanzas morales, rechazó sumergirse de lleno en el mundo de la ficción. Buscó un sistema articulado en el que se combinan los cuentos con los consejos, más parecido al utilizado por otros autores hebreos. Enmarcados por sendas referencias al temor de Dios, sus ejemplos y proverbios enseñan a conocerse a uno mismo y a los que le rodean para concluir recordando la fugacidad de lo terreno y la necesidad de servir a Dios. Para reforzar su lección, introduce a veces sus materiales por medio de dos personajes que dialogan, un padre y un hijo o un maestro y su discípulo:

«Un árabe instruía a su hijo: —Hijo mío, si fueras de camino con un compañero, ámalo como a ti mismo y no hagas intención de engañarlo, no vayas a ser tú el engañado, como pasó a dos burgueses y un aldeano. El hijo: —Padre, cuéntamelo para que sirva de utilidad a los venideros. El padre...» (pág. 74).

Este recurso, muy conocido por la didáctica oriental, nos lleva hasta la famosa obra de don Juan Manuel *El conde Lucanor* (1335), donde los cuentos surgen de la conversación entre el conde y su ayo Patronio. Supone una forma de escenificar ante nuestros ojos el aprendizaje. El lector se ve reflejado en el hijo, el discípulo o el mismo conde, y va asimilando las enseñanzas que alguien con más sabiduría y experiencia le transmite.

### **LOS BUENOS AMIGOS**

La obra se abre con dos cuentos, “El medio amigo” y “El amigo íntegro”, que ensalzan el valor de la verdadera amistad. En el primero, un padre, extrañado porque su hijo dice contar con un centenar de amigos, le aconseja someterlos a un engaño: presentarse ante cada uno de ellos con un saco sangrante, pidiendo ayuda por haber matado involuntariamente a un hombre. Tanto el padre como el hijo son conscientes de que se trata sólo de una prueba, ya que el saco contiene los restos de un ternero muerto. Sin embargo, pronto el joven comprueba que su centenar de amigos son sólo compañeros para sus juergas. Llegada la hora de la verdad, ninguno de ellos asume el riesgo de guardar el supuesto cuerpo del delito. Únicamente el medio amigo del padre acepta protegerlo y, tras hacer salir a su mujer de casa, prepara una sepultura que no llega a utilizarse porque, antes, el joven le descubre la verdad.



*«El medio amigo: el padre mata al cerdo», viñeta del Libro del caballero Zifar, texto de la primera mitad del siglo XIV en manuscrito miniado de finales del XV (Códice de París, fol. 6 r.)*



*•El medio amigo: el hijo busca a un amigo para que esconda el cuerpo, viñeta del Libro del caballero Zifar (Códice de París, fol. 6 r.)*

Ante la pregunta del hijo («¿Viste a un hombre que haya podido conseguir un amigo completo?»), el padre recordará una historia, de la que oyó hablar. Se trata de un caso excepcional, unos amigos íntegros, capaces de dar la vida el uno por el otro. Los protagonistas son dos comerciantes, uno de Egipto y otro de Bagdad, que casi no se conocen más que de oídas hasta que el que vivía en Bagdad fue a Egipto y se alojó en casa de su compañero. Allí tuvo la oportunidad de ver a la joven prometida del egipcio y de enamorarse perdidamente de ella hasta el punto de caer postrado en el lecho. Acaba de contraer la llamada “enfermedad de amor”, dolencia mortal que padecen muchos personajes de la literatura universal, pero también ampliamente estudiada en los manuales médicos árabes. Sólo falta averiguar quién provoca su dolencia, para lo cual el dueño de la casa hace desfilar por la habitación del enfermo a las distintas mujeres que habitan bajo su techo. Cuando aparece la joven prometida, se descubre la causa de su mal. En una muestra suprema de hospitalidad, el egipcio no sólo entrega la joven al enfermo, sino que la dota con todos sus bienes. Recuperado así rápidamente, el comerciante regresa a Bagdad, ya casado.

La segunda parte de la historia parece el reverso del primer episodio, cambiando el amor por la muerte. El egipcio, ahora empobrecido por el fracaso de sus negocios, emprende viaje hacia Bagdad, con la esperanza de ser socorrido por su amigo. Al llegar a las puertas de la ciudad, mal vesti-

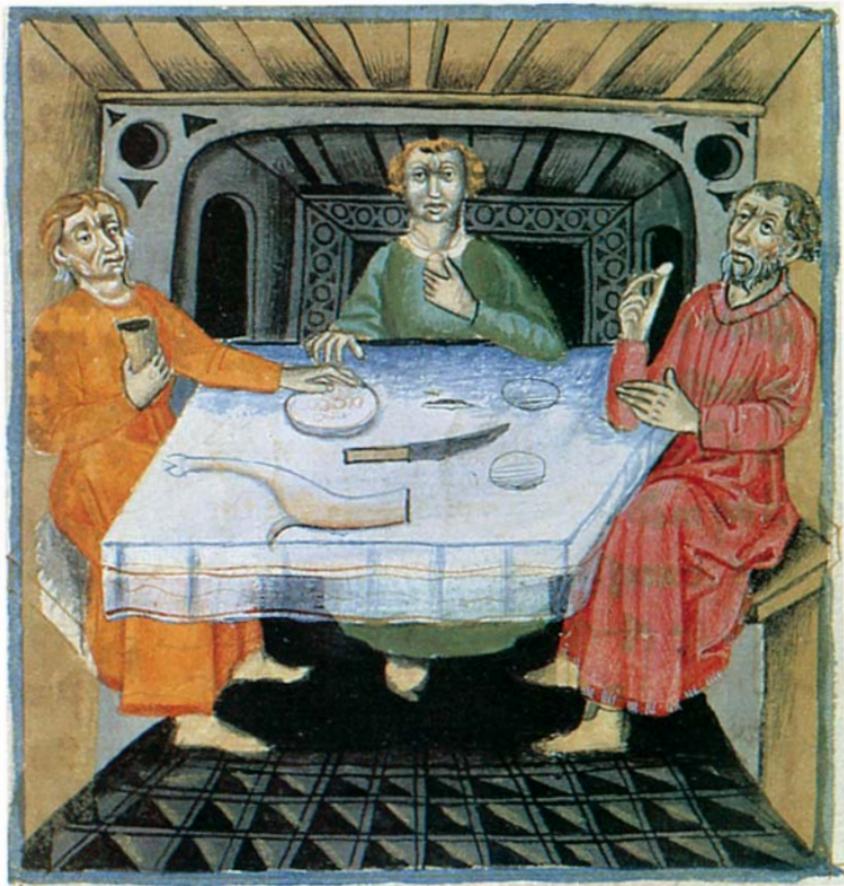
do y hambriento, se introduce en un templo para pasar la noche. No contaba con que iba a asistir a un crimen y con que los asesinos iban a huir corriendo. Alertados por los gritos, acuden numerosos vecinos, quienes, al descubrir allí al aterrorizado egipcio, lo culpan del asesinato, sin que él haga nada por negarlo. Conducido a la horca, entre la muchedumbre que acude a ver la ejecución se halla casualmente su amigo, quien, sin pensárselo dos veces, «recordando las bondades que había tenido allí con él [...], decidió sufrir la muerte en su lugar». Pero el auténtico culpable, que asistía asombrado a la escena, confiesa la verdad, por miedo a que el castigo divino fuera aún mayor. Conducidos finalmente todos ante el rey, éste observa extrañado cómo los tres hombres se imputan el mismo delito. Por ello decide perdonarles, con la condición de que le expliquen las razones de su extraño proceder. Como es habitual en la tradición oriental, narrar salva la vida, mientras el rey se deleita escuchando tan prodigiosos sucesos.

La amistad es uno de los temas clave de la narrativa oriental, pero también del discurso ético de los hispano-hebreos, como lo era de los libros sapienciales bíblicos. En la *Selección de perlas*, Ibn Gabirol afirma: «Amigo verdadero es aquel que nunca te falla, busca tu utilidad aun con detrimento propio y si te causan un daño, procura ampararte» (pág. 83). Si se quiere alcanzar algo tan valioso, comparable al máspreciado tesoro, es necesario conocer bien al ser humano, para no caer en el mismo engaño del

joven del primer cuento. La cultura occidental quedó fascinada por ambas historias, pero especialmente por la segunda. Su exótico ambiente oriental, sumado a valores siempre atractivos, como el amor, la amistad y la muerte, explican la vigencia de esta narración. Resulta muy difícil, por no decir imposible, precisar los eslabones de la transmisión. En España ya conoció numerosas versiones medievales, pero su trayectoria europea se vio ampliada cuando Bocaccio (1313-1375) la recreó en el *Decamerón* (X, 8), convertida ahora en la “Historia de Tito y Gisipo”. Serviría también de inspiración a Timoneda (h. 1520-1583), Cervantes (1547-1616), Lope de Vega (1562-1635) o Zorrilla (1817-1893), quienes la conocieron a través del florentino, ignorando que una de las primeras versiones escritas había nacido en su propio país, siglos atrás.



«El medio amigo», xilografía del Ysopete ystoriado, Zaragoza, Juan Hurus, 1489



*«El medio amigo: el banquete», viñeta del Libro del caballero Zifar  
(Códice de París, fol. 6 v.)*

## LAS MALAS MUJERES

Una paráfrasis del *Eclesiástico* (25:23), “Prefiero convivir con león o dragón a convivir con mujer mala”, abre la serie de cuentos agrupados en torno al tema de la mujer:

«Dijo un filósofo a su hijo: —Sigue al escorpión, al león, al dragón, pero no sigas a una mala mujer» (pág. 59).

El antifeminismo, característico tanto de la tradición oriental como de la eclesiástica, se centra, en la *Disciplina clericalis*, en la propensión de las mujeres hacia la lujuria, lo que las conduce a graciosos engaños con tal de satisfacerla. Los tres primeros relatos sobre esta cuestión (9, 10 y 11, según la numeración de las ediciones modernas) son



«El vendimiador», xilografía del Ysopete ystoriado, Zaragoza, Juan Hurus, 1489

variantes de un mismo esquema: la mujer aprovecha la ausencia del marido para recibir a su amante.

En el tratamiento del tema subyacen la idea de la naturaleza ladina de la mujer, que propicia la ruptura del pacto de fidelidad matrimonial, y su tendencia irrefrenable a la lujuria. Un parentesco estrecho liga ambos conceptos. La necesidad de lograr sus deseos le lleva a engañar al marido y éste se convierte en una doble víctima: primero, porque es suplantado por el amante y, después, porque la astucia de la mujer le hará borrar toda sombra de sospecha hasta hacerle alabar su honradez. Conviene subrayar que los relatos adoptan como eje de la historia la conducta adúltera de la mujer sin prestar atención al amante, igual de culpable. Ella será la que urda el engaño, mientras que su pareja se limita a seguir sus indicaciones, y aun a veces con torpeza. En dos ocasiones (10 y 11), la joven esposa cuenta con una aliada imprescindible, su madre, quien con la experiencia acumulada por los años guía los pasos de su hija, sorprendida por la inesperada llegada del marido. La suegra resuelve airosamente la situación.

En los tres casos, la acción se desarrolla en el domicilio conyugal, estando el marido ausente. El hecho de violar la intimidad del hogar es un agravante, aunque las condiciones sociales de la mujer explican la elección del entorno doméstico para evitar una salida no siempre fácil de justificar. El marido regresa inesperadamente del trabajo del

campo o de un viaje y sorprende a los amantes. Por el contrario, el amigo parece carecer de obligaciones profesionales. La comicidad de estos cuentos se basa en la capacidad de la mujer para salir airosa de una situación de peligro, consiguiendo que el marido no descubra la situación y concluya muchas veces alabando su honradez o, incluso (11), en animada charla con el amante de su mujer.

### **“El ejemplo de la sábana” y la tradición oral**

Eduardo Martínez Torner recogió a principios de siglo XX, en Asturias, esta versión del «Ejemplo de la sábana» (*Disciplina clericalis*, 10):

«Una vez era una recién casada que se llamaba Maruxa. Cierta día en que Xuan, su marido, andaba de caza por el monte llamó a la puerta un convecino con quien Maruxa, según malas lenguas, había estado enredada antes del matrimonio. La infiel, que ya lo esperaba, se apresuró a abrirle la puerta y lo metió dentro de casa con gran contento.

Al poco rato volvió el marido burlado y el convecino, sin tiempo para escapar, tuvo que esconderse debajo del escaño. Y ella, no sabiendo cómo salir del apuro, fue a pedir consejo a su madre. La madre le dijo:

—Anda, que yo te lo arreglaré. No me dejes solo al pobre Xuan.

Maruxa obedeció. Entre tanto, la astuta mujer sacó del arca una sábana nueva y en un santiamén se plantó en casa de su hija. Antes de entrar, llamó y preguntó:

—¿Qué es lo que estáis haciendo, hijos míos?

Y ellos contestaron:

—Nada, madre; estamos aquí sentados al par del fogón.

Entonces la madre dijo:

—Vengo a traerte una sábana, hija mía, porque no te sobraré. Verás qué sábana te traigo. Las casadinas de ahora no las sabéis hacer como ésta. Verás, verás. Tú coge de un cabo, yo cogeré del otro. Bien va. Mira qué buena trama, que no la rompen ni todos los diablos. Tú eres una holgazana; no sirves para nada. Así hice yo muchas a tu padre.

Y entre las dos iban pasando la sábana por delante de los ojos del pobre calzonazos de Xuan, mientras el intruso convecino salía de su escondrijo y tomaba las de Villadiego.

(Aurelio Espinosa, *Cuentos populares españoles*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1946, I, pág. 92)



·Ejemplo de la  
sábana·  
xilografía del  
Ysopete  
ystoriado,  
Zaragoza, Juan  
Hurus, 1489

En la *Disciplina clericalis*, el maestro, con miedo a ser malinterpretado y acusado de ligereza si continúa ejemplificando la astucia de las mujeres, decide dar por concluido el tema. Pero el discípulo protesta:

«—Tres fueron en número pero breve, en total, su contenido. Cuéntame uno que satisfaga a mis oídos con su larga duración y así me quedaré satisfecho. El maestro: —A ver si pasa entre nosotros como sucedió entre un rey y su fabulista...» (pág. 62).

El fabulista en cuestión, agotado ya por los insistentes deseos del rey de seguir escuchando sus fábulas, recurre a un tradicional “cuento sin fin”:

«Había un aldeano que tenía mil sueldos y saliendo de viaje compró dos mil ovejas por seis dineros cada una. Sucedió que, cuando regresaba, hubo una gran crecida en el río y él, no pudiendo atravesarlo ni por vado ni por puente, fue, muy preocupado, a buscar un medio con el que poder pasar con sus ovejas. Encontró, por fin, una barquilla que no era capaz de llevar, cada vez, más que al aldeano con dos de sus ovejas. Y obligado por la necesidad, pasó el río así. Dicho esto, el fabulista se durmió. Despertólo el rey para que terminara la fábula que había empezado. A lo cual él respondió: —El río es caudaloso, la barca pequeña y el rebaño de ovejas muy grande, así que deja que el aldeano de que te hablé pase sus ovejas y después te contaré el final de la fábula que empecé».

El cuento de nunca acabar tiene siempre por finalidad frustrar al destinatario del relato prometido. El interlocutor acaba siendo víctima de su ingenuidad y objeto de las burlas de los demás. Otras veces, los receptores de las historias son niños, que terminan dormidos ante el inagotable relato.

### ***Cuentos sin fin***

Sancho Panza narra el mismo cuento del fabulista, cambiando las ovejas por cabras, en el episodio de los batanes para hacer tiempo hasta que amanezca. Las palabras burlescas de don Quijote indican que ha escuchado un cuento tradicional:

«—Sucedió -dijo Sancho- que el pastor puso por obra su determinación y, antecogiendo sus cabras, se encaminó por los campos de Estremadura, para pasarse a los reinos de Portugal. La Torralba, que lo supo, se fue tras él [...], el pastor llegó con su ganado a pasar el río Guadiana, y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no había barca ni barco, ni quien le pasase a él ni a su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho porque veía que la Torralba venía ya muy cerca y le había de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vio un pescador que tenía junto a sí un barco, tan pequeño, que solamente podían caber en él una persona y una cabra; y, con todo esto, le habló y concertó con él que le pasase a él y a trescientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco y pasó una cabra; volvió y

pasó otra; tornó a volver y tornó a pasar otra... Tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento, y no será posible contar más palabras dél [...].

—Dígote de verdad -respondió don Quijote- que tú has contado una de las más nuevas consejas, cuento o historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla jamás se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso».

(Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Crítica, 1998, primera parte, cap. 20)

### **La fabula. viij. delas ouelas.**



«El rey y su fabulista», xilografía de la *Disciplina clericalis* de Pedro Alfonso, Augsburgo, 1477

Sin embargo, aquí el discípulo consigue sus propósitos y el maestro se ve obligado a ampliar el tema de las malas mujeres con dos narraciones más (13 y 14). En la primera, “La perrilla”, introduce el personaje de la alcahueta profesional. En esta ocasión, una perversa vieja trata de corromper a una mujer honesta y le invita un día a su casa, donde encuentra una perrilla que llora copiosamente. Interrogada acerca de aquello, le explica que el animal fue antes una mujer que, solicitada por un amante, no tuvo compasión de él, por lo cual se vio así transformada y desde entonces no hace más que llorar. La mujer cede aterrada para no correr la misma suerte, pero el secreto no era otro que el haber hecho comer al animal una torta amasada con especias. El arquetipo de la alcahueta, con tantas recreaciones en la literatura española desde *El libro de buen amor* (1330-1343) a *La Celestina* (1499), aparece ya aquí con los atributos característicos del personaje. «Vestida con hábitos de religiosa», aparenta una honestidad que no posee, y así se le abren las puertas de la casta esposa.

El último de la serie, “El ejemplo del pozo”, pone punto final al tema con un perfecto broche. El comienzo presenta a un joven deseoso de aprender todas las maldades de las mujeres, para lo cual emprenderá un largo viaje y se pondrá en contacto con un sabio. Pero no le servirá de nada, pese a que sigue estrictamente sus consejos. La imposibilidad de aprender las astucias femeninas es un tópico en la literatura medieval; el sabio difícilmente puede evitar los

**La .f. dela muger moça 7 su marido  
7 dela suegra 7 del adullero.**



*«La espada», xilografía del Ysopete ystoriado, Zaragoza, Juan Hurus, 1489*

engaños de las mujeres porque, como se recuerda en el *Sendebar*, no tienen principio ni fin. Sólo rehuendo su presencia, como hacen los personajes en el cuento 8, es posible librarse de ellas. Tampoco el discípulo, que ha seguido con atención los relatos del maestro, puede considerarse a salvo.

La popularidad de estas cómicas historias fue enorme en la Edad Media. Encontraron una gran vía de difusión en los púlpitos, donde los predicadores las repetían cientos de veces para advertir contra la maldad de las mujeres. Puede sorprendernos en un principio que francisca-

nos o dominicos se apoyaran en relatos tan poco edificantes, pero con ellos podían entretener al público y enseñarle de manera fácil y grata unos ejemplos que debían rechazar. El último fue también recogido por Bocaccio y, una vez retornado a la Península, sirvió de modelo para *El celoso extremeño* cervantino, quien ya había recreado el “Ejemplo del lienzo” en el entremés *El viejo celoso*.

### **La *Disciplina clericalis* y la literatura religiosa**

Con los cambios promovidos por el IV Concilio de Letrán (1215) y la aparición de las órdenes mendicantes (franciscanos y dominicos), se fue perfeccionando la construcción de los sermones. Para captar la atención de unos oyentes mayoritariamente analfabetos y poco habituados a sutilezas teológicas, se recurrió al *exemplum*. Éste, según una definición ya clásica de Jacques Le Goff, es un «relato breve presentado como verídico y destinado a insertarse en un discurso (generalmente un sermón) para convencer a un auditorio mediante una lección encaminada a la salvación» (C. Bremond, J. Le Goff, J. C. Schmitt, *L'exemplum*, Turnhout, Brepols, 1982, pp. 37-38). La procedencia de estos materiales es muy diversa, pero la obra de Pedro Alfonso, al estar escrita en latín, se convirtió en fuente inagotable de la que bebieron los predicadores. Los 76 manuscritos conservados, repartidos por toda Europa, son un claro indicio de su popularidad. Sin temor a exagerar, se puede decir que con esta obra empezó el mundo occidental a leer cuentos orientales.

## EL DEPOSITARIO INFIEL

Para contrarrestar la imagen negativa de la mujer, transmitida con los cinco relatos precedentes, el maestro recuerda que en «muchas de ellas puede hallarse bondad y castidad». No ejemplificará, sin embargo, esta afirmación con muchas muestras sino sólo con una, la de una vieja dotada de ingenio natural. De éste se sirve para ayudar a un peregrino, engañado por un prestamista. El viajero, antes de proseguir su ruta hacia La Meca, decide confiar su dinero a un hombre honrado. Cuando a su regreso se presente en su casa a recogerlo, el viejo negará haberlo visto nunca. Desesperado porque nadie le ayuda, encontrará un día a una anciana, con hábitos de ermitaña, que le ofrece una curiosa solución. Le sugiere que busque la colaboración de un amigo, quien deberá comprar «diez cofres pintados por fuera con colores preciosos y cerrados con buenas cerraduras de hierro plateado y que, trayéndolos a casa de su huésped, los llenará de piedras menudas». Finalmente le aconseja buscar «diez hombres que, yendo conmigo y con tu socio a casa del que te engañó, se presenten ante él, llevando un cofre cada uno, y cuando el primero de la fila llegue a la casa del que te engañó y se pare allí, preséntate tú y reclama tu dinero, ¡que yo confío en Dios que te será devuelto!» (pág. 68).

En los dos ejemplos siguientes (16 y 17), se abandonan ya los personajes femeninos para seguir la línea marcada



*Judío prestamista, según miniatura del Vidal Mayor, de comienzos del siglo XIV (Paul Getty Museum)*

por los casos jurídicos. En ambas ocasiones, son hombres sabios quienes ayudan a las víctimas de un engaño a encontrar la solución adecuada. El mundo de los litigios originados por los tesoros mal guardados o los depositarios infieles está ampliamente representado en la narrativa oriental (desde el *Sendebar* hasta las *Mil y una noches*) y tiene su correlato en la literatura jurídica. Los fueros,

como el de Jaca, no sólo legislan los múltiples problemas derivados de estas costumbres, sino que a veces ejemplifican sus decretos con casos prácticos muy similares a los que siguen, en los que habitualmente los prestamistas son judíos y las víctimas, cristianos. Las leyes prohibían practicar a estos últimos la usura, con lo cual el préstamo quedaba en manos de los primeros. La Iglesia sólo permitía dejar dinero sin cobrar intereses; los concilios penaban estas prácticas con la excomunión y la privación de sepultura en sagrado.

La tradición oral o los estudios jurídicos pudieron inspirar al autor del *Cantar de Mio Cid* (h. 1207) para narrar una estratagema muy similar. Al salir desterrados, el Cid y sus hombres se encuentran ante un grave problema económico, que Martín Antolínez resuelve astutamente (versos 100–200): se presenta en casa de dos judíos, Raquel y Vidas, pidiéndoles dinero a cambio de dejarles en préstamo todos los supuestos tesoros del héroe. Para ello se sirve de dos arcas llenas de arena, pero lujosamente revestidas.

El “Ejemplo de la serpiente de oro” (17) cuenta la historia del hombre rico que pierde una bolsa con dinero y una serpiente de oro, y ofrece cien monedas a quien la halle; un hombre pobre la encuentra y la devuelve, pero, en lugar de recompensarle, el rico insiste en que la bolsa contenía dos serpientes de oro y en que el pobre le ha robado una, por lo que le conduce a los tribunales. Gracias a la

ayuda de un filósofo, los hechos se esclarecen. Timoneda y Lope de Vega son algunos de los autores españoles que retoman este «caso», pero más sorprendente resulta descubrirlo en las páginas de *El retrato de Dorian Grey*, de Oscar Wilde (1854-1900). Es sólo una muestra más de cómo los ecos de la *Disciplina clericalis* son inagotables.

### CONSEJOS PARA EL VIAJERO

Con el cuento número 18 se inicia una serie vertebrada sobre el tema del viaje, tan querido de los narradores orientales como de los occidentales; unos y otros saben sacar provecho de la vertiente alegórica que todo trayecto implica. Viajar equivale a vivir. Una sentencia sobre la necesidad de conducirse con prudencia y evitar las malas compañías cede paso a la consideración sobre la falsa apariencia del camino más corto, que justifica la inserción de dos brevísimos relatos (18 a y b):

«Un árabe adoctrinaba a su hijo diciendo: —Sigue las vías, aunque sean más largas que las sendas [...]. A esto, el hijo: —Cierto es lo que dijiste acerca de las grandes vías. Pues un día, dirigiéndonos mis amigos y yo a la ciudad...» (pág. 73).

Las palabras del padre todavía resuenan en un cuento folclórico muy difundido en diversas partes del territorio hispánico, incluido Aragón. En la versión recogida por

Gabriela Sánchez, el amo da tres consejos al trabajador antes de que éste se vaya: «El primero, no cambies sendas por caminos; el segundo, no preguntes lo que no te importa; y el tercero, cuando vayas a hacer algo, piénsalo tres veces». Con variantes, figura en otro relato tradicional conocido como “Los tres consejitos del rey Salomón” («No vayas por atajo, no hables sin que te pregunten, no te vengues hasta el otro día»), como recuerda Antonio Beltrán.

El final de estos relatos permite una nueva reflexión sobre el necesario respeto al compañero de viaje, una cuestión planteada, asimismo, por el siguiente cuento (el número 19, titulado “De los dos burgueses y el aldeano”).

Dos burgueses y un aldeano iban en peregrinación a La Meca, cuando les escaseó hasta tal punto la comida que no tenían para los tres más que un panecillo. Los burgueses, puestos de acuerdo, decidieron burlar al aldeano con la estratagema de que el pan sería para el que soñara un sueño más prodigioso. Mientras los dos primeros dormían, el rústico, advirtiendo el engaño, se comió el pan y fingió después seguir descansando. Al cabo de un rato, uno de los burgueses, aparentando estar muy asustado, aseguró haber soñado que «dos ángeles abrían las puertas del cielo y cogiéndome me llevaban ante Dios». Su compañero replicó: «Pues yo soñé que, cogiéndome dos ángeles y abriendo la tierra, me llevaban al infierno». Mientras tanto el rústico, que ya había dado buena cuenta del pan, declaró

haberlo hecho convencido de que ninguno de sus amigos iba a regresar jamás de los lugares adonde los ángeles los habían llevado.

El arabismo de esta versión se refleja en la presencia de los dos ángeles reseñados por Alá, que predicen la muerte de cada ser humano (como se recuerda en el *Corán*). Pero estos detalles se modifican de versión en versión. Lo esencial es conservar la estructura en la que el aparentemente inferior burla a quienes pretenden engañarle. Es el triunfo del tonto listo, tan querido del folclore. Los protagonistas

### **La v. de la fe/ o engaño de los tres compañeros.**



*«Los dos burgueses y un aldeano», xilografía del Ysopete ystoriado,  
Zaragoza, Juan Hurus, 1489*

pueden variar de una tradición a otra. Entre los judíos se recoge con un polaco, un gallego y un lituano; en Brasil, alternan un estudiante, un cura y un mestizo con un jesuita, un dominico y un capuchino; en la tradición árabe actual son un cristiano, un musulmán y un judío. Estas variables, merecedoras de un profundo estudio, muestran la diversidad cultural de cada pueblo.

En Aragón, lo recogía así José Antonio Sánchez Pérez a principios del siglo XX. La inferioridad del personaje del tonto listo es ahora sólo una cuestión de edad, y el engaño, narrado con más rapidez, se desdobra en dos episodios simétricos:

«Éstos eran tres hermanos jovencillos muy pobres, que se dedicaban a recoger basura por las calles y a pedir por las casas. Al más pequeño le llamaban “Juanillo el tonto”. Una noche que habían cenado unas sobras de comida que les dieron en una casa, les quedó un trozo grande de pan y dijo el hermano mayor:

—Éste lo guardaremos para mañana.

Se acostaron, y a la mañana siguiente dijo el mayor que había soñado que estaba en el Purgatorio y que había pasado muchas fatigas. El mediano dijo que había soñado que estaba en el Cielo y que lo había pasado muy bien. Y el pequeño dijo:

—Pues yo he soñado que no ibais a venir y me he comido el pan.

Se marcharon a recorrer el pueblo y se reunieron al mediodía. El mediano sacó un huevo duro que le habían dado y dijo que lo sortearían para ver a quién le tocaba. Pero el mayor, que no quería que se lo comiera el pequeño, dijo:

—No; se lo comerá el que le ponga el nombre más apropiado.

—Pues, vamos, empieza— dijo el pequeño.

Cogió el hermano mayor el huevo, le dio un golpecito suave, para romper un poco de cáscara en la punta, y dijo:

—Esto se debe llamar *Casca cascorum*.

Pasó el huevo a manos del mediano, rompió con los dedos un trocito de cáscara, simuló que le estaba echando sal y dijo:

—Se debe llamar *Sal, sale, sapiencia*.

Llegó el turno a Juanillo el tonto, cogió el huevo, lo acabó de pelar y dijo:

—Esto se llama *Consumatum est*— y se lo comió».

De nuevo en la *Disciplina*, el mal comportamiento de los protagonistas del cuento 19, presentado como un modelo de avaricia, permite la narración de un caso complementario, conectado ya sólo con este último tema y sin referencia alguna al camino: es el número 20, titulado «Ejemplo de un discípulo del sastre del rey, llamado

Nedui”. La historia, si bien no guarda ya relación con el viaje, sigue vinculada con la oralidad. Nedui, discípulo de un sastre, es también un personaje ingenioso. Un día, los criados del rey sirvieron miel y pan caliente, sin esperarle. Privado del delicioso manjar por culpa del maestro, el aprendiz pensó de qué modo se vengaría. Para ello difundió en el taller que su jefe sufría repentinos ataques de locura, anunciados muchas veces por su deambular sin rumbo buscando, aparentemente, algún objeto. Dicho esto, otro día Nedui escondió las tijeras del jefe y cuando el sastre comenzó febrilmente a buscarlas, fue atado y apaleado brutalmente por los guardianes del rey, quienes creyeron reconocer en sus gestos un anuncio de su crisis mental.

El diálogo final indica que el equilibrio ha quedado restablecido, sin vencedores ni vencidos. «El sastre llamó a su discípulo Nedui y le dijo: —Amigo, ¿desde cuándo sabes que yo estoy loco? Y el discípulo: —Y tú, ¿desde cuándo sabes que yo no como miel?». En Zamora recogió Aurelio Espinosa una versión prácticamente idéntica, en la que la variante “más sustancial” consistía en cambiar la miel por chorizo.

El paso del ejemplo 19 al 20 permite descubrir cómo articula Pedro Alfonso su libro: una sentencia o un cuento se relaciona temáticamente con el anterior, pero su multiplicidad de lecturas permite su enlace con la historia siguiente, dando así un giro abierto hacia otros campos.

## LA FUGACIDAD DE LA VIDA

El ejemplo 25 inaugura la última serie, sobre la transitoriedad del poder temporal y la idea de la muerte. Abandonamos ahora los caminos del folclore. La seriedad que impone el tema parece ajustarse más a los paradigmas de la tradición clásica, aunque ésta llegue tamizada a través del mundo árabe.

Esto es evidente en el cuento 28, el “Ejemplo de Sócrates y el rey”. El filósofo, huyendo de los tumultos del mundo, se fue a vivir al bosque y se instaló en un tonel, donde disfrutaba del sol y se resguardaba de la lluvia. Como unos cazadores del rey se pararan delante, riéndose de él, Sócrates les pidió que se alejaran, pues le quitaban los rayos del sol. Ante sus burlas y amenazas, siguió afirmando, impasible: «—No es vuestro dueño mi dueño, sino más bien es siervo de mi siervo».

Los nombres de Sócrates, Platón o Aristóteles aparecen con frecuencia en la literatura medieval protagonizando anécdotas que tienen bien poco que ver con su obra. Pero, en este caso, la despreocupación total por las comodidades materiales que se atribuye a Sócrates era proverbialmente adjudicada a otro filósofo, Diógenes, quien se enfrentaba con Alejandro Magno en una discusión por el sol; ahora cambia el protagonista y desaparece el héroe macedonio. Es muy posible que el origen de esta confusión esté en la

tradición oriental, aunque tampoco extraña en la del Occidente medieval. Todos los filósofos clásicos acaban asimilándose a un mismo arquetipo; simbólicamente representaban lo mismo, por lo que carece de importancia el nombre que se les otorgue.

Alejandro, ausente de esta historia, es el protagonista principal del ejemplo 33. Fallecido tempranamente, su sepultura de oro fue lugar de peregrinación para todos los filósofos. Ante su tumba, cada uno de ellos reflexionaba amargamente acerca de la caducidad de los bienes terrenos («Ayer pudo librar a muchos de la muerte: hoy no puede esquivar sus dardos», «Ayer oprimía la tierra: hoy es oprimido por ella», etc.).

Alejandro fue, para el hombre medieval, el paradigma del conquistador del mundo, incapaz de dominar su propia soberbia. La escena, casi sin contenido anecdótico, servía para abordar el tema de la transitoriedad del poder temporal. Este motivo, tópico muy querido, conocido como el *ubi sunt?* (pregunta retórica o sin respuesta, sobre el paradero de los grandes hombres fallecidos o de las cosas ya pasadas) sirve también para vertebrar las famosas *Coplas a la muerte de su padre*, de Jorge Manrique (1440-1479).

Unas sentencias en torno al temor de Dios, retomadas del *Eclesiastés*, ponen punto final a una guía de conducta que se había iniciado con el mismo recordatorio.

LOS CAMINOS  
DEL  
CUENTO





**E**n los últimos años de la Edad Media, muchos cuentos de tradición oriental pudieron ser leídos gracias a las ediciones impresas y saboreados como algo novedoso, pese a su antigüedad. En el origen de este fenómeno se encuentra un invento casi diabólico: mediante un procedimiento mecánico, no muy diferente del que se usaba para prensar las uvas, se empieza a conseguir copias de libros idénticas. Los primeros pasos de aquel artilingio se habían dado en Renania, donde Gutenberg había ido perfeccionando su técnica hasta conseguir imprimir, antes de 1456, una *Biblia*. El rechazo a la novedad fue inmediato. No sólo por parte de los calígrafos o amanuenses, que se sentían amenazados, sino por quienes veían en aquel método la posibilidad de difusión masiva de algo que hasta entonces había sido privilegio de unos pocos. La reacción del duque de Urbino, quien presumía de no tener ningún libro impreso en su biblioteca, es bien expresiva. Sin embargo, la popularidad de este prodigio fue imparable. En 1462 se produce una guerra en Maguncia, lo que propicia la huida de los impresores hacia tierras más tranquilas. Segovia, Valencia, Sevilla, Barcelona o Zaragoza fueron los primeros destinos en los que se instalaron los “extranjeros” con sus novedosos artilingios.

Hacia 1475 se inicia la actividad tipográfica en Zaragoza. Dos hermanos, Juan y Pablo Hurus, acabarán convirtiendo

su taller, de donde salieron algunas de las producciones más notables de la época, en uno de los más importantes de España. A principios del siglo XVI, les sucedió Jorge Coci (antes Koch), quien, desde una imprenta próxima a la calle de San Miguel, siguió imprimiendo libros, algunos de los cuales se cuentan entre los más bellos de su tiempo. Los continuos contactos con Alemania de los primeros impresores serán fundamentales para comprender la actividad que desarrollan en España. Pablo Hurus, nacido en Constanza, se trae en sus viajes planchas con grabados ya usados en su país en otras obras, así como algunos de los títulos que han tenido allí mayor éxito. Una parte de los textos que se imprimen corresponde a literatura religiosa o jurídica, pero poco a poco va abriéndose paso la ficción.

### ***YSOPETE YSTORIADO***

En 1482, Pablo Hurus y Juan Planck imprimen en Zaragoza un precioso texto, el *Ysopete ystoriado* (“Esopo ilustrado”), cuyo título no recoge su variadísimo contenido. Esta edición, de la que sólo se conserva un ejemplar incompleto, gozó de inmediato del aplauso del público, ya que en 1489 Juan Hurus volvió a editar la obra en Zaragoza: *La vida del Ysopet con sus fábulas hystoriadas*. Las reediciones, con algunos cambios, se sucedieron hasta el punto de convertirse, en los años siguientes, en uno de los libros más populares en España.

Las conexiones entre el taller zaragozano y las imprentas alemanas están detrás de esta obra. Pablo Hurus habría conocido, en algunos de sus viajes a su país, una edición de ese texto, escrito en alemán y latín por el médico Heinrich Steinhöwel e impreso en Ulm hacia 1476–1477 con bellísimas ilustraciones en color. Los impresos zaragozanos derivan del texto de Steinhöwel, con leves cambios, reordenaciones, sustituciones o añadidos. Aunque en su origen la traducción se había hecho para don Enrique, «Infante de Aragón y Sicilia», como se lee en el prólogo, la edición se dirige hacia un público más amplio. La repetición de las mismas ilustraciones en color se convierte en su mejor reclamo, anunciado ya desde el título («fábulas ystoriadas»).

El texto alemán presentaba un conglomerado de materiales de diversa procedencia, en cuya variedad hay que ver también otro de los factores de su éxito:

- 1 La *Vida de Esopo*. El original, posiblemente compuesto en Egipto hacia el siglo I a. C., ya circulaba en época medieval traducido al griego por un monje bizantino. El humanista italiano Rinuccio d'Arezzo, secretario del papa Nicolás V, se sintió atraído por los encantos del texto y lo tradujo al latín a mediados del XV. En él se narra la ficticia biografía del esclavo Esopo, caracterizado por su fealdad y sus defectos a la hora de expresarse, pero capaz de triunfar sobre sus superiores

# La vida del ysopet con sus fabulas bystoriadas



En el año del señor de mill, ccc, lxxxix,

gracias a su ingenio. La combinación de motivos folclóricos, cuentos y fábulas, organizados en torno a un personaje central, recuerda mucho al famoso *Lazarillo de Tormes*.

- 2 En los cuatro libros siguientes encontramos abundantes fábulas de Fedro (autor latino, h. 10 a. C.-h. 54 d. C.), que responden a la definición tradicional del género: narraciones breves y esquemáticas con una aplicación moral, y protagonizadas en su mayor parte por animales humanizados.
- 3 Las diecisiete “Fábulas Extravagantes” que vienen a continuación reciben este nombre porque, aun siendo tradicionales y consideradas esópicas, no forman parte de la colección clásica. Como concluye el traductor: «Non sé si son atribuidas a él verdaderamente o fingidamente».
- 4 “Las fábulas nuevas de Remicio” constituyen una selección que remitía, en última instancia, a Babrio, fabulista romano del siglo II, residente en Asia.
- 5 “Las fábulas de Aviano” son también una selección de las que este poeta latino había compuesto en verso a finales del siglo I.
- 6 “Las fábulas colectas” forman un curioso apartado en el que conviven relatos procedentes de la *Disciplina clericalis* de Pedro Alfonso junto con cuentecillos italianos. Veintidós historias de la *Disciplina* vuelven así al territo-

rio en el que nacieron. Su periplo europeo hace que ahora regresen a través de una versión alemana y puedan ser “novedad” para quienes no reconocen el origen aragonés de su autor. Es indudable que su inserción en una obra tan popular contribuyó enormemente a su difusión. Con toda probabilidad, estamos ante el eslabón que conduce a los relatos de Pedro Alfonso hasta los autores de los siglos posteriores.

### ***EXEMPLARIO CONTRA LOS ENGAÑOS Y PELIGROS DEL MUNDO***

En 1493, Pablo Hurus dio a la luz en sus talleres zaragozanos una vieja colección de cuentos orientales, aunque su título no permitía descubrir fácilmente su origen: *Exemplario contra los engaños y peligros del mundo*. Al año siguiente se reeditó, señal una vez más del acierto de su editor, y a lo largo del XVI fueron los talleres de Jorge Coci, primero, y los de Bartolomeo de Nájera, después, los que se encargaron de su difusión. Es muy posible que la versión castellana dependa más directamente de la alemana publicada en Ulm en 1483, como denuncian una vez más los grabados. No es fácil que los lectores reconocieran la obra que tenían entre las manos. Se trataba de una versión de la vieja colección de cuentos orientales titulada *Calila y Dimna*, que volvía a suelo hispano muy transformada. Un judío converso de origen italiano, Juan de



Exemplario contra los engaños y peligros del mundo, *colofón de la edición*  
de Jorge Coci, Zaragoza, 1531

Capua, se había encargado en el siglo XIII de traducirla al latín, abriéndole así las puertas de Europa.

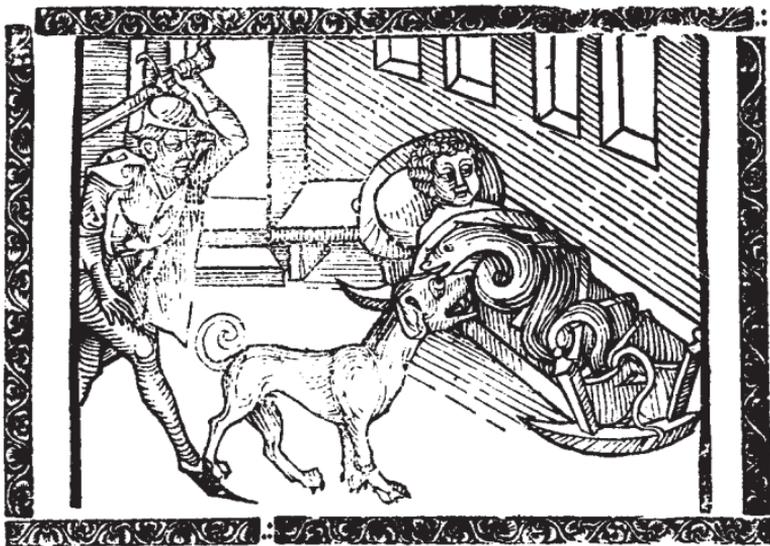
Dejando a un lado el estudio de las divergencias entre versiones, hay que señalar que las ediciones impresas del *Ejemplario* permiten al público hispano leer apólogos orientales cuyo origen se puede remontar a los primeros años de nuestra era. Por un lado, aquí las historias se integran una dentro de la otra, siguiendo el mecanismo ya comentado del marco narrativo. En los cuentos conviven

los protagonistas humanos con los animales, sin que se perciban claras diferencias entre unos y otros. Algunos de sus relatos son conocidos por todos. Basta con recordar el capítulo siete: aquí se cuenta la historia de un ermitaño que guardaba cuidadosamente un vasito de miel que recibía como limosna del rey. Una noche, reposando en su cama, comenzó a pensar lo que podría hacer cuando tuviera ya un gran vaso lleno: venderlo, comprar primero ovejas y luego vacas con el dinero obtenido por la venta de las



*«El ermitaño derrama el vaso de miel», xilografía del Exemplario contra los engaños del mundo, Jorge Coci, Zaragoza, 1531, fol. LXIII v.*

primeras, adquirir varias propiedades, casarse y tener un hijo, e incluso se imagina a sí mismo corrigiéndole con una vara. En ese momento, golpea la vasija y todos sus sueños caen al suelo. ¿Quién no reconoce aquí el antecedente de la famosa fábula de “La lechera”? Con variaciones, se irá repitiendo a lo largo de nuestra historia literaria, desde *El conde Lucanor* hasta las lecturas más modernas de Buero Vallejo (1916-2000) o Delibes (1920). Indudablemente, la versión del francés *La Fontaine* (1621-1695),



«El lebrél muere por salvar al niño», xilografía del Exemplario contra los engaños del mundo, Jorge Coci, Zaragoza, 1531, fol. LXIII r.



Arriba, «Los animales agradecidos», del Calila y Dimna en el manuscrito A, del siglo XV y que reproduce una traducción del siglo XIII; abajo, el mismo motivo en xilografía del Exemplario contra los engaños del mundo, Jorge Coci, Zaragoza, 1531 (fol. LXXIX v.)

recreada en las escuelas, contribuyó a su difusión, pero el origen está en este apólogo oriental.

En el mismo capítulo, dedicado a advertir contra la precipitación, se cuenta la historia del recién nacido dejado momentáneamente solo en casa, al cuidado de un lebel. Cuando regresa el padre, se ve sorprendido por la visión del perro con la boca ensangrentada y la cuna volcada, con todas las ropas revueltas; sin pensárselo más, da muerte al animal, de lo que se arrepiente en seguida: el fiel guardián no había hecho más que defender al recién nacido de una culebra que se había introducido en la cuna. Las edulcoradas versiones cinematográficas, que el público infantil bien conoce, tienen su antecedente en esta fábula.

Un último ejemplo nos conduce hasta Baltasar Gracián. En el *Criticón* (1651; crisis IV, parte I) narra la historia del malhechor que es sepultado vivo en una profunda hoyo llena de sabandijas, dragones, tigres, serpientes y basiliscos; un extranjero pasa por allí y, conmovido por sus lamentos, aparta la losa que cubre la cueva. Sale entonces el tigre y lame las manos del buen hombre, la serpiente adora sus pies y lo mismo hacen los demás animales, dándole las gracias por haberles liberado de la compañía de un hombre ruin y aconsejándole que se marche de allí antes de que éste salga. Huyen las bestias a toda velocidad y el extranjero, asombrado, permanece inmóvil. Cuando sale el malhechor, lo primero que hace es asesinar a su

liberador y robarle sus bienes. Esta historia, que sirve para demostrar que «no hay lobo, no hay león, no hay tigre, no hay basilisco que llegue al hombre: a todos excede en fuerza», se incluía en el capítulo catorce del *Ejemplario*. Sin descartar, por supuesto, otras fuentes, no es raro suponer que llegara a manos del jesuita aragonés esta obra; y, más, si recordamos que en Zaragoza se sucedieron las reediciones hasta mediados del siglo XVI.

### **VIAJE DE LA TIERRA SANTA DE BERNARDO DE BREIDENBACH**

El mismo Pablo Hurus publicó un capítulo del *Diálogo* de Pedro Alfonso, ya antes comentado. Se encuentra dentro de uno de los incunables más bellos de la época, una auténtica joya editorial: el *Viaje de la Tierra Santa* de Bernardo de Breidenbach. El proceso nos resulta familiar. Los impresores alemanes habían dado a conocer con anterioridad la obra de Breidenbach (1486, 1490), cuyo texto original se encontraba en latín. Pero el contenido lo hacía atractivo para muchos lectores españoles, incapaces ya de leer en esa lengua. Como su título indica, es un relato de una peregrinación a Tierra Santa, acompañado de informaciones complementarias de todo tipo (geográficas, históricas, religiosas, etc.) e ilustrado con bellísimos grabados. Cuando Pablo Hurus decidió publicarlo en su imprenta zaragozana, recurrió a un humanista habitual colaborador suyo,



**¶ Los sarracenos siquier moros vsan la lengua arabica cõ su letra: la q̃ contiene .xxxi. letras: segun enel siguiente alphabeto estan figuradas.**

*«La forma de vestir los sarracenos», Viaje de la Tierra Santa de Bernardo de Breidenbach, Zaragoza, Pablo Hurus, 1498 (fol. CXX r.)*

Martín Martínez de Ampíes. Éste, natural de Sos aunque criado en Sádaba, era un aristócrata que había participado en varias campañas militares al servicio del rey Fernando *el Católico*, pero también se había especializado en hacer traducciones o adaptaciones de textos, que luego veían la luz en los talleres de Pablo Hurus (como el *Libro del Albeytería* o el *Libro del Anticristo*). Dentro de la obra de Breidenbach se incluía un apartado dedicado a la religión islámica, versión reducida del famoso título V del *Diálogo contra los judíos* de Pedro Alfonso. Aunque ninguna pista permitía



Esta curiosa obrita de origen árabe fue muy popular en la Península, primero entre los musulmanes y después entre los cristianos, quienes pronto la tradujeron a su lengua. La imprenta sirvió para darla a conocer ampliamente desde finales del XV hasta comienzos del XX.



*Portada de la Historia de la Donzella Teodor, atribuida a Pedro Alfonso, Sevilla, Pedro Gómez de Pastrana, 1641*

La brevedad del texto y su contenido explican la atracción que pudo ejercer entre sus lectores.

Un mercader arruinado se lamenta de su triste situación, cuando su única esclava, una doncella extraordinariamente sabia y hermosa llamada Teodor, se ofrece para solucionar su problema y le propone un plan de acción. Quiere que la lleve ante el califa y la ofrezca en venta por una elevadísima suma. Ante lo desorbitado de la cantidad, el califa querrá conocer las cualidades de la joven y ésta se mostrará dispuesta a responder a todo lo que los sabios de la Corte le pregunten. De los tres exámenes saldrá victoriosa y podrá, así, ayudar a su amo. No estamos exactamente ante una colección de cuentos, pero el ambiente, la disposición del texto y la propia historia eran fácilmente asimilables al mundo de la narrativa breve. Así lo reconoció el impresor sevillano, quien decidió atribuírsela a «mosén Alfonso Aragónés». El término “mosén” (originado en “monseñor”), inicialmente un título de respeto hacia los caballeros, se aplicó en castellano a personas procedentes de la Corona de Aragón. No hay duda, pues, de que la fama de nuestro Pedro Alfonso le había hecho ya merecedor de figurar en la portada como autor de obras anónimas; es muy posible que su nombre fuera un atractivo reclamo para futuros compradores. Sin embargo, los eruditos de épocas pasadas dieron por buena esta atribución. Es un claro indicio de cómo un personaje histórico se difumina y entra a formar parte de la leyenda y el mito.

## LOS CUENTOS ENTRE MUDÉJARES Y MORISCOS

El dominio político musulmán terminaba en tierras andalusíes–aragonesas conforme avanzaba la reconquista. Huesca (1096), Zaragoza (1118), Teruel (1170) son los hitos fundamentales de la extensión de los nuevos dominios cristianos, pero una gran parte de los vencidos, acatando el nuevo poder, se quedó con el estatuto de mudéjares. Conservaban su organización religiosa y jurídica, a cambio de pagar a los cristianos un impuesto. Esta situación, de aparente armonía, se prolongó hasta el siglo XVI. En 1526 se aplicó en Aragón un decreto que los Reyes Católicos habían promulgado en 1501: los mudéjares se veían ahora obligados a convertirse al cristianismo. Los que aceptaron tal disposición, aunque sólo fuera formalmente, pasaron a ser llamados moriscos. Sin embargo, no les duró mucho aquel *status*. En 1614, un nuevo decreto dictaba su expulsión definitiva. Se puede afirmar que, hasta el siglo XVII, los nexos andalusíes y aragoneses, aunque cada vez más tensos, eran una realidad; y es muy posible que propiciaran cierto intercambio cultural.

Se conoce mejor el espléndido resultado de esta convivencia en el arte, pero muy interesante, aunque bastante más pobre, es el eco literario. Los mudéjares aragoneses, y luego los moriscos, conservaron una cultura escrita que refleja su bilingüismo. La lengua en la que se expresaban era el castellano con aragonesismos, pero a la hora de



*Almonacid de La Sierra, Zaragoza, lugar de un importante hallazgo de manuscritos aljamiados (Foto: C. Villarroya)*

escribir seguían haciéndolo con la grafía árabe (es la llamada escritura aljamiada por el nombre de “aljamía” que los cristianos daban al “alefato” o alfabeto árabe, empleado por los musulmanes en sus comunidades o aljamas). A lo largo del siglo XVI, las prohibiciones reiteradas de tener libros o papeles escritos en árabe explican el miedo de la población a que se les hallara alguno en su poder. Por ello, muchos enterraron u ocultaron en sus casas sus escritos, y el azar ha propiciado algunos sorprendentes descubrimientos. A veces, al derribar o reparar una casa antigua, se localizan escondidos estos papeles que llevaban durmiendo casi trescientos años. El hallazgo más importante ocurrió a finales del siglo XIX en Almonacid de la Sierra, cerca de

Calatayud. A éste le han ido siguiendo otros en Sabiñán, Torrellas, Urrea de Jalón o Calanda.

Aunque una parte de los textos que se han conservado es de carácter religioso o jurídico, también aparecen entremezcladas colecciones populares de relatos y leyendas. Entre los textos encontrados en Almonacid de la Sierra, descubrimos una interesante versión de uno de los cuentos más encantadores del *Calila y Dimna*: “La rata transformada en niña”. Un asceta estaba sirviendo a Alá cuando

«[...] un día pasó por allí un ave volando y en su pico una ratona. Y cayósele y tomóla el asceta en su mano, y vínole deseo que fuese mujer y Alá cumplió su deseo, y fízola mujer muy hermosa. El asceta pensó en sí y dijo: —Las mujeres sacan a los hombres del servicio de Alá [...]. Y díjole: —Ya, doncella, yo querría casarte, ¡mira tú con quién te quieres casar! Y dijo la doncella: —Con la más fuerte cosa del mundo. Entonces dijo el asceta: —Alá, ¿cuál es la cosa más fuerte del mundo? Pensó y dijo: —El sol es la más fuerte cosa del mundo. Y díjole el sol: —Non soy yo la más fuerte cosa del mundo, que las nubes son más fuertes que yo, que tapan mi luz. Y fuese a las nubes y díjoles su causa y dijeron las nubes: —No somos nosotras más fuertes, que el aire viene y se nos lleva. Y fuese al aire y díjole su causa, y dijo el aire: —No soy yo la más fuerte cosa, porque aquella montaña me detiene. Y fuese a la montaña y díjole su causa, y dijo la montaña: —No soy yo la más fuerte cosa del mundo, porque en mí hay un ratón que me agujerea por todas las partes que él quiere.

Y entonces fuese el asceta a la doncella y díjole todo lo que había pasado con todos y cómo el ratón era la más fuerte cosa del mundo, ¿y cómo se había de casar con él? Y entonces dijo la doncella que aquel era su natural y que con él se quería casar. Y así, mis hermanos, todas las cosas vuelven a su natural».

(Modernización del texto editado por Kontzi, págs. 660–661.)

Esta historia, cuyo origen se remonta a la India, como en tantos otros casos, había llegado a la Península traída por los árabes. Los cristianos ya la habían podido leer en castellano cuando Alfonso X encargó, a mediados del siglo XIII, una traducción del *Calila y Dimna*. Pese a la lógica sustitución, en cada caso, de Alá por el Dios de los cristianos, el relato es, en esencia, siempre el mismo. En la forma, el cuento mantiene una estructura perfectamente cerrada donde principio y fin se dan la mano. En la secuencia central, el interrogatorio al sol (=fuego), las nubes (=agua), el viento (=aire) y el monte (=tierra) se puede asociar a los famosos cuatro elementos. Recordemos que la concepción del mundo de los griegos había sido asimilada tanto por la cultura oriental como por la occidental. Con los cuatro elementos se sintetiza el sentido cósmico de la aventura del religioso, y esto hace de la propuesta del monte la única solución válida. La organización del relato, con la muchacha transformada de nuevo en rata, transmite un mensaje claramente inmovilista. En éste, como en muchos otros cuentos, subyace un deseo de mantener el



*«La rata convertida en niña», xilografías del Exemplario contra los engaños del mundo, Jorge Coci, Zaragoza, 1531 (fol. LVI v. y LVII r.)*

orden social establecido, aunque los moriscos no salieran muy favorecidos.

En el “Cuento del ídolo y del rey y de su hija”, conservado en un manuscrito morisco del XVI también de origen aragonés, creyó reconocer Emilio García Gómez el modelo de los primeros capítulos del *Criticón* (Zaragoza, Juan Nogués, 1651). En la narración popular árabe, un visir, condenado al destierro, naufraga y llega a una isla, donde encuentra a un joven que

resulta ser su hijo. El padre enseña al muchacho el lenguaje y le interroga sobre su procedencia, y éste le cuenta cómo vivió sus primeros años en una cueva, criado por una gacela. Finalmente, una nave rescata a ambos. Si recordamos el comienzo del *Criticón*, encontramos paralelismos evidentes. En la ribera de la deshabitada isla de Santa Elena, un joven rescata del naufragio a un hombre ya cano. El salvado, Critilo (cuyo nombre sugiere inteligencia crítica), observa con sorpresa que su salvador

**EL CRITICON**  
PRIMERA PARTE  
EN  
**LA PRIMAVERA**  
DE LA NIÑEZ,  
Y EN  
EL ESTIO DE LA IVVENTVD.  
AVTOR  
GARCIA DE MARLONES.  
Y LO DEDICA  
A L VALEROSO CAVALLERO  
Don PABLO DE PARADA,  
DE LA ORDEN DE CHRISTO,  
General de la Artilleria, y Governador de Tortosa.  
CON LICENCIA.  
En ZARAGOZA, por IVAN NOGVES, y a su costa  
Año M.DC.LI.

Portada de *El Criticón*, de Baltasar Gracián,  
Zaragoza, Juan Nogués, 1651

no conoce ninguna lengua y, tras enseñarle a expresarse, le impone un nombre, Andrenio (“andros” es el hombre, en griego). Ahora éste puede contarle su historia y relatar que, aunque ignora su origen, sus primeros recuerdos son de una cueva donde le alimentaba una fiera. Esta narración, popular en la literatura árabe, sirvió de inspiración al célebre pensador Abentofáil (h. 110-1185) para redactar *El filósofo autodidacto*, pero no es muy probable una relación directa entre ambos, ya que la primera traducción al latín de la novela de Abentofáil no se publicó hasta 1671.

Como siempre, se impone, sin embargo, la cautela, ya que ignoramos las vías de contacto entre la cultura mudéjar y la cristiana. Para la arabista María Jesús Rubiera Mata, tendría que existir una fluida comunicación oral. Muchos de los oficios que desempeñaban estos musulmanes les obligaban a tener un contacto habitual con la gente, como, por ejemplo, en el caso de los venteros. Es fácil suponer que así se establecería un puente a través del cual se transmitirían diversos cuentos, historias o refranes que aparecen desperdigados por las literaturas hispánicas, pero que proceden de la hispanoárabe. La afición por contar, característica de las culturas tradicionales, ha ayudado a conservar hasta hoy en día muchas huellas de cuentos orientales. Sin embargo, no estamos ante un “cuento sin fin”: en la sociedad actual ya no queda tiempo para estas viejas costumbres y el género quedará pronto relegado sólo a los libros.

### **“De la comisión de los tres higos”, cuento árabe en la tradición oral**

En la *Vida de Pedro Saputo*, novela del aragonés Braulio Foz (1791-1865), se incluyen cuentos y chascarrillos, muchos de ellos recogidos de la tradición oral. En el capítulo 13 del tercer libro se narra el relato “De la comisión de los tres higos”. Trata la historia del prodigio de una higuera de Almuédvar que nunca jamás había dado fruto hasta que un año produjo tres hermosísimos higos. Tanto sorprendió al pueblo el suceso que el concejo decidió enviárselos al rey, encargando a Pedro Saputo el traslado. Muy bien puestos los frutos en una cesta, hecha por el mejor cesterero de Huesca, tomó Pedro Saputo el camino de la Corte. Ya cerca de Alcalá de Henares, pensó que igual daba dos que tres y probó uno, y, por lo mismo, comió el segundo. Cuando llegó ante el rey, éste abrió la carta del concejo y quedó sorprendido por no ver más que un higo, cuando el escrito anunciaba tres. A lo cual le respondió Pedro Saputo:

«—Eso, señor rey, consiste en que ahí por ahí antes de llegar me he comido yo los otros dos.

—¡Te los has comido! ¿Y cómo has hecho? -preguntó el rey.

—Así -respondió Pedro Saputo. Y tomándole al rey el higo por la mano, se lo comió con mucha gracia y desenvoltura.»

(Braulio Foz, *Vida de Pedro Saputo*, ed. Francisco y Domingo Ynduráin, Madrid, Cátedra, 1986, pág. 281)



ILMO. SR. D. BRAULIO FOZ Y BURGÉS, CATEDRÁTICO DE LITERATURA CLÁSICA GRIEGA Y LATINA Y DE ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE LOS PROSISTAS GRIEGOS. DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE ZARAGOZA (1861-1863)

Braulio Foz, por Guillermo, retrato en la Galería de Decanos de la Facultad de Letras, Universidad de Zaragoza (Foto: Daniel Pérez)

Como destacó Fernando de la Granja, “La comisión de los tres higos” se conocía ya en el siglo XIV en España, gracias a la versión del granadino Ibn Asim (h. 1359-1426). Pero el mismo cuento, con larga vida literaria y oral, ha pervivido también en distintos lugares de Aragón, por ejemplo en Bolea (“Os figos de Lobarre”), como recoge Antonio Beltrán. Es muy posible que testimonios como éste sean un ejemplo de cuento popular árabe que ha perdurado en la Península como resultado de la larga convivencia de culturas.

# BIBLIOGRAFÍA



## Textos:

CORRIENTE CÓRDOBA, F.: *Relatos píos y profanos del ms. aljamiado de Urrea de Jalón*. Edición, notas lingüísticas e índices de un manuscrito mudéjar-morisco aragonés. Introducción de M<sup>a</sup> J. Viguera Molíns. Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1990.

IBN GABIROL, IBN PAQUDA, PEDRO ALFONSO: *Dichos y narraciones de tres sabios judíos*, edición de J. Lomba, Mira Editores, Zaragoza, 1997.

IBN GABIROL: *Selección de perlas*, trad. D. Gonzalo Maeso, Ameller, Barcelona, 1977.

IBN PAQUDA: *Los deberes de los corazones*, traducción J. Lomba, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1994.

KONTZI, R.: *Aljamiadotexte, Ausgabe mit einer Einleitung und Glossar*, Franz Steiner Verlag, Wiesbaden, 1974.

PEDRO ALFONSO: *Disciplina Clericalis*, introducción y notas M<sup>a</sup> J. Lacarra, traducción E. Ducay, Guara, Zaragoza, 1980.

PEDRO ALFONSO: *Diálogo contra los judíos*, introducción de J. Tolan, texto latino de K. P. Mieth, traducción de E. Ducay y coordinación de M<sup>a</sup> J. Lacarra, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1996.

## Estudios:

BELTRÁN, A.: *Introducción al folklore aragonés (I)*, Guara, Zaragoza, 1979.

- GARCÍA GÓMEZ, E.: «Un cuento árabe, fuente común de Abentofáil y Gracián», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, nº 30 (1926), pp. 1-67 y 241-269.
- GRANJA, F. de la: «Tres cuentos españoles de origen árabe», en *Al-Andalus*, nº 33 (1968), pp. 123-141.
- LACARRA, M<sup>a</sup> J.: *Pedro Alfonso*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1991.
- LACARRA, M<sup>a</sup> J. (coord.): *Estudios sobre Pedro Alfonso de Huesca*, Instituto de Estudios Altoaragoneses (“Colección de Estudios Altoaragoneses, 41”), Huesca, 1996.
- LOMBA FUENTES, J.: *La filosofía judía en Zaragoza*, Diputación General de Aragón (“Temas de Historia Aragonesa”, 11), Zaragoza, 1988.
- LÓPEZ DÍAZ, D.: «Algunos ejemplos de la pervivencia de viejos cuentos orientales en la literatura española de los siglos XVI y XVII», en *Epos*, XI (1995), pp. 177-188.
- MARSAN, R.: *Itinéraire espagnol du conte médiéval*, C. Klincksieck, París, 1974.
- RUBIERA MATA, M<sup>a</sup> J.: *Literatura hispanoárabe*, MAPFRE, Madrid, 1992.
- SÁENZ-BADILLOS, Á.: *Literatura hebrea en la España medieval*, Fundación Amigos de Sefarad, Madrid, 1991.
- SÁNCHEZ, G.: *Cuentos que me contaron*, Fundación Nueva Empresa, Zaragoza, 1991.
- SÁNCHEZ PÉREZ, J. A.: *Cien cuentos populares españoles*, Olañeta, Palma de Mallorca, 1992.



51. **La flora de Aragón** • Pedro Montserrat
52. **El Carnaval en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
53. **Arqueología industrial en Aragón** • J. Laborda, P. Biel y J. Jiménez
54. **Los godos en Aragón** • M<sup>a</sup> Victoria Escribano Paño
55. **Santiago Ramón y Cajal** • Santiago Ramón y Cajal Junquera
56. **El arte rupestre en Aragón** • M<sup>a</sup> Pilar Utrilla Miranda
57. **Los ferrocarriles en Aragón** • Santiago Parra de Mas
58. **La Semana Santa en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
59. **San Jorge** • Equipo de Redacción CAI100
60. **Los Sitios. Zaragoza en la Guerra de la Independencia (1808-1809)** • Herminio Lafoz
61. **Los compositores aragoneses** • José Ignacio Palacios
62. **Los primeros cristianos en Aragón** • Francisco Beltrán
63. **El Estatuto de Autonomía de Aragón** • José Bermejo Vera
64. **El Rey de Aragón** • Domingo Buesa Conde
65. **Las catedrales en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
66. **La Diputación del Reino de Aragón** • José Antonio Armillas
67. **Miguel Servet. Sabio, hereje, mártir** • Ángel Alcalá
68. **Los juegos tradicionales en Aragón** • José Luis Acín Fanlo
69. **La Campana de Huesca** • Carlos Laliena
70. **El sistema financiero en Aragón** • Área de Planificación y Estudios - CAI
71. **Miguel de Molinos** • Jorge Ayala
72. **El sistema productivo en Aragón** • Departamento de Economía - CREA
73. **El Justicia de Aragón** • Luis González Antón

74. **Roldán en Zaragoza** • Carlos Alvar
75. **La ganadería aragonesa y sus productos de calidad** • Isidro Sierra
76. **La fauna de Aragón** • César Pedrocchi Renault
77. **Opel España** • Antonio Aznar y M<sup>a</sup> Teresa Aparicio
78. **La Feria de Muestras de Zaragoza** • Javier Rico Gambarte
79. **La jota aragonesa** • Javier Barreiro
80. **Los humedales en Aragón** • Jorge Abad y José Luis Burrel
81. **Los iberos en Aragón** • Francisco Burillo
82. **La salud en Aragón** • Luis I. Gómez, M. J. Rabanaque y C. Aibar
83. **Félix de Azara** • María-Dolores Albiac Blanco
84. **Las iglesias de Serrablo** • Equipo de Redacción CAI100
85. **La nieve en Aragón** • Salvador Domingo
86. **El aceite de oliva en Aragón** • Ángel Bonilla y Miguel Lorente
87. **El cuento oriental en Aragón** • M<sup>a</sup> Jesús Lacarra



88. **Los Fueros de Aragón** • Jesús Delgado y M<sup>a</sup> Carmen Bayod
89. **Aragón y los Fondos Europeos** • Elías Maza
90. **Las lenguas de Aragón** • M<sup>a</sup> A. Martín Zorraquino y José M<sup>a</sup> Enguita
91. **Cómo Teruel fue ciudad** • Equipo de Redacción CAI100
92. **Benjamín Jarnés** • José-Carlos Mainer
93. **José de Calasanz** • Asunción Urgel
94. **La imprenta en Aragón** • Miguel Ángel Pallarés y Esperanza Velasco
95. **La energía. Usos y aplicaciones en Aragón** • Departamento de Economía - CREA